

Familias en salida desde las parroquias

Es para mí un gran placer participar en este Segundo encuentro de la Acción Católica, cuyo tema es "Evangelizar en familia". El subtítulo retoma una afirmación que muestra claramente el pensamiento de Pablo VI: "Una familia cristiana se hace evangelizadora de otras muchas familias y del ambiente en que ella vive"(EN, 71). Para Pablo VI - que en repetidas ocasiones afirmó que la Iglesia o es misionera o no lo es - era lógico concluir que también la familia cristiana ha de ser evangelizadora. El Papa Montini, entre otras cosas, quiso que existiera una comisión de la Santa Sede que sacase a relucir la cuestión familiar en la Iglesia. Vaticano II- como ustedes saben - abordó este tema en la Constitución *Gaudium et Spes*. Sin hablar de San Juan Pablo II que hizo de la familia una de las piedras angulares de su pontificado o de Benedicto XVI que continuó en el mismo camino.

Hoy, con el Papa Francisco, nos encontramos en el umbral del Sínodo Ordinario que se celebrará el próximo mes de octubre, después de haber vivido el Sínodo Extraordinario del año pasado que contó con el apoyo de una amplia consulta entre los fieles de todo el mundo. Podríamos decir que realmente en la Iglesia católica se está llevando a cabo un ejercicio de sinodalidad en torno al tema de la familia absolutamente extraordinario. En encuentro que estamos realizando se inscribe en la dinámica eclesial. Asambleas como ésta ya son en sí mismas un fruto excepcional en la vida de la Iglesia contemporánea. Personalmente he asistido a bastantes encuentros de esta naturaleza que reúnen a obispos, sacerdotes, religiosos y laicos. Juntos participan en la búsqueda de una nueva profundidad y de un nuevo compromiso en torno al tema de la familia. Y yo siempre he podido constatar el surgimiento de la urgencia de una nueva etapa, una nueva creatividad, una nueva profecía sobre la familia. Nuestras comunidades eclesiales y aún más la sociedad lo necesitan.

Todos somos conscientes de la crisis en la que es hoy en día se encuentra la familia, tanto dentro de la comunidad cristiana como en la sociedad civil. Podríamos definirla como una situación paradójica: por un lado, la familia está en la cumbre de los deseos de todos, y sin embargo ya no resulta atractiva a la mentalidad general. Todo el mundo quiere la familia, pero se construyen pocas y cada vez vemos más su división, su fragmentación. Se piensa hacer frente a esta fragmentación diciendo que la familia se puede constituir de muchas maneras, dependiendo del gusto personal. Pero si todo es familia, ya nada es familia. Una cosa es cierta: la familia, entendida como madre-padre-hijos-abuelos-nietos, con todas las modificaciones que ha sufrido en esta dimensión a lo largo de la historia, ya no es el corazón de la cultura, de la política, de la economía. La Iglesia Católica, a través del Sínodo, quiere volver a retomar la centralidad de la familia ya sea en la vida pastoral como en la vida de la sociedad. Ella sabe muy bien que cuando se trata de la familia no se trata de un mero tema eclesial, sino también humano, social, un bien de toda la humanidad.

Somos conscientes de que nosotros, los cristianos, también tenemos una responsabilidad hacia el mundo: la Iglesia es, de hecho, la única institución que aborda de manera amplia y profunda un tema como el de la familia sobre la que reposa toda la sociedad humana. Dicha responsabilidad se arraiga en el patrimonio que la Iglesia posee de la familia, patrimonio

extraordinariamente rico en sabiduría espiritual, pastoral y humana. No tenemos tiempo ahora, pero sería muy interesante trazar la historia de la familia a lo largo de los siglos y poder ver en ella el enriquecimiento de la familia a través de la contribución de la experiencia y de la doctrina de la Iglesia.

También he de añadir que ha llegado el momento de volver a descubrir y presentar este tesoro, después de haberlo atentamente escrutado, profundizado y ampliado. Es una cuestión de creatividad pastoral, teológica, sapiencial que nosotros los cristianos hemos de redescubrir y proponer con creatividad e inteligencia a los hombres de nuestro tiempo en un idioma que ellos puedan entender. No basta con repetir fórmulas, y mucho menos continuar acusando a los que piensan de forma diferente. Más bien, debemos dejarnos interpelar por el empobrecimiento de una sociedad que está perdiendo la belleza y la fuerza del matrimonio y de la familia. Es urgente entender lo que está sucediendo en la sociedad y por nuestra parte volver a la profecía del Evangelio de la familia viviéndola o dando testimonio de ella. No hay que olvidar lo que dijo San Ignacio de Antioquía mientras era conducido a Roma para sufrir el martirio: "En tiempos difíciles, el cristianismo no puede ser transmitido por medio de la convicción, sino por medido de la grandeza".

En este contexto me gustaría ofrecer algunas breves reflexiones deteniéndome en tres aspectos presentes en el tema: 1) el compromiso de la familia para seguir a Jesús; 2) una nueva alianza ha de establecerse entre la familia y la parroquia; 3) la profecía de la familia como comunión de un mundo de personas cada vez más solas.

Del familismo, es decir, de la reclusión de las familias en sí mismas, al seguimiento de Jesús

Vamos a empezar con una interrogación de fondo que se centra no en la familia sino en Jesús: ¿cómo comunica la familia la fe tanto dentro como fuera del hogar? O, y es lo mismo: ¿cómo sigue la familia a Jesús? ¿De qué manera la familia se convierte en discípula de Jesús? Estas preguntas han de ser bien entendidas, porque no es la familia como tal la que salva. Jesús conoce bien los peligros que acechan a la familia si las personas que la componen se dejan guiar solamente por el amor a sí mismos. Cuando sucede así, es muy probable que la familia se convierta fácilmente en una jaula de la que hay escapar y, a menudo también un lugar donde se da la violencia, a veces terrible. La Biblia nos habla de ello desde la primera página. Ciertamente, nos dice que no es bueno que el hombre esté solo. Así que la soledad es siempre una causa de infelicidad y de conflicto. Pero incluso si uno en la familia se deja llevar por los sentimientos egocéntricos y de orgullo sucede lo inevitable. Acordémonos de lo que le pasó a la primera familia, Adán y Eva, y luego a los dos hermanos, Caín y Abel. Esta realidad hace decir a Jesús unas palabras que a primera vista parecerían contraponer los lazos familiares con la invitación a seguirlo: "El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí "(Mt10, 37-38)

Jesús no quiere anular el cuarto mandamiento. "Honra a tu padre y a tu madre". En la Biblia se habla con gran claridad de este mandamiento, aunque a menudo nosotros lo hayamos banalizado reduciéndolo al hecho de que los niños deben obedecer a sus padres. En

realidad, estas palabras bíblicas están dirigidas a los hijos adultos para que no abandonen a sus padres ancianos, incluso cuando "pierden la cabeza". Jesús no quiere abolir este mandamiento, sino que quiere afirmar que la unión con Él vale más que cualquier otro vínculo. Sí, el seguimiento del Evangelio es el primer vínculo sobre el que se basan los demás. La familia cristiana se edifica sobre esta roca que es la fe en Jesús. Es lo que significa "casarse en el Señor", y formar una familia en el Señor. También en este caso son válidas las palabras del Evangelio: "Cuando dos personas se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos".

La primera obra de la familia como sujeto de evangelización, por lo tanto, es seguir el evangelio. Seguir a Jesús no sólo no anula el cuarto mandamiento y los lazos familiares - basta pensar en la ternura de las bodas de Caná, en la curación que tantos padres y madres solicitan para sus hijos en el Evangelio -, sino que los transforma profundamente, haciéndolos más creativos, más robustos y capaces de ir más allá de los límites de sí mismos y de la familia. Los lazos familiares, impregnados por el Evangelio, impulsan a salir de su propia casa para crear una paternidad y una maternidad más amplia, para acoger como hermanos y hermanas a aquellos que están solos o marginados por la sociedad. Recordemos lo que Jesús responde a los que le comunican que fuera de la casa estaban su madre y sus hermanos que lo esperaban: "¡Estos son mi madre y mis hermanos! El que hace la voluntad de Dios ese es para mí un hermano, una hermana y una madre"(Mc 3, 35).

Los lazos familiares irrigados por el Evangelio están liberados del egoísmo, del familismo, de la reclusión y hacen que seamos responsables de todos los demás lazos establecidos. La familia se convierte en un motor de vínculos que hay que establecer y defender. Y esto concierne a todas las etapas de la vida: pensemos en los niños, ancianos, personas débiles, enfermos, no solamente aquellos a los que estamos unidos por lazos de sangre, sino absolutamente a todos. Las familias cristianas están guiadas por el amor de Dios, el amor de Dios Padre-Hijo-Espíritu, un amor que por su naturaleza va siempre más allá de él mismo y se da a los demás, especialmente a los más débiles. Tal amor es una fuerza lo suficientemente potente como para ser capaz de hacer cosas impensables, incluso para operar milagros.

Las familias que viven en el seguimiento de Jesús, que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica, que saben ampliar las puertas de su hogar para acoger a todo aquel que lo necesita, que no dudan en salir para ayudar a los pobres y a los débiles, que conocen bien el camino hacia los hospitales y las prisiones, que saben ver en los recovecos ocultos del barrio y de la ciudad las personas solas que necesitan ser visitadas (pensemos en los ancianos que viven solos), que pueden darse cuenta que hay otras familias más débiles que pasan dificultades y que tal vez están al borde de la crisis, que saben acudir allí donde hay un grito que nadie escucha, porque todos están ensordecidos por sus propios ruidos, es así como estas familias operan milagros. Sí, son como esos sirvientes de Caná que saben servir un buen vino a aquellos que se les ha arruinado la fiesta de la vida. De esta manera - a través de estas familias - el evangelio llega a nuestros barrios, a nuestras ciudades.

Como se puede intuir, a partir de estos pequeños gestos, una familia que vive el seguimiento de Jesús no está para nada aislada ni encerrada en sí misma. Y no es solamente porque vive "en salida", es decir, con los ojos y el corazón abiertos, con los brazos extendidos

y los pies en movimiento, sino también porque la energía del amor la recibe del altar y de la comunión con la comunidad cristiana con la que escucha las Escrituras y celebra la comunión con un único pan y con un único cáliz. Por desgracia, en la actualidad, esta relación es opaca y a veces tan débil que invalida su propia fuerza. Se necesita una alianza clara entre la familia y la parroquia.

La parroquia: del funcionalismo a una comunidad "familiar"

Si es verdad que la familia no puede vivir para sí misma, tampoco la parroquia, la comunidad cristiana puede vivir para sí misma. La Iglesia, la parroquia es la familia de los que siguen a Jesús. Cuando la parroquia, la comunidad cristiana, se encierra en sí misma aparece una enfermedad que yo llamaría el parroquialismo. Esta enfermedad hace que la parroquia sea más una organización que una fraternidad, que sea más un cuerpo funcional que una familia, un lugar donde se ofrecen servicios en vez de un hogar hospitalario.

Volvamos un momento a los evangelios. Y tomemos ejemplo de Jesús. La asamblea-tipo de Jesús no tiene la forma de una organización clara y eficiente, no posee las características de una secta exclusiva, o de un club compacto y solamente interesado a su desarrollo, sino que tiene los rasgos una familia hospitalaria y casi ilimitada: encontramos en ella a Pedro y a Juan, pero también al hambriento y al sediento, al extranjero y al perseguido, a la pecadora y al publicano, al fariseo y a las multitudes que se agolpan. Y Jesús no cesa de acoger y de hablar con todos, incluso con aquellos que ya no esperan encontrarse con Dios en su vida.

He aquí la lección que todavía hoy debemos aprender. ¡Qué hermosa escena la que describe Marcos cuando habla de toda la ciudad reunida en la puerta de la casa donde estaba Jesús. ¿Las puertas de nuestras parroquias son así? Y Jesús escogió a los discípulos para que cuiden de esta asamblea, de esta familia. Y los miembros que forman parte de ella no somos nosotros quien los elegimos pues son los invitados de Dios, son sus huéspedes, y nosotros hemos de ser sus siervos. ¿Podemos reconocer en esta imagen el estilo evangélico que el papa Francisco desearía que poseyeran todas nuestras parroquias?

Queridos amigos, para reconstruir esta imagen en nuestros días es indispensable una nueva alianza entre la familia cristiana que se esfuerza por seguir a Jesús, y la comunidad cristiana que se esfuerza por ser ella misma la familia de Dios. En resumen, la familia y la parroquia son los dos lugares "privilegiados" donde tenemos que realizar una comunión de amor que tiene su fuente última en Dios mismo. Una iglesia realmente evangélica sólo puede tener la forma de un hogar acogedor, hospitalario, amplio, sin límites. Y esto sucederá si además del párroco y de las personas de buena voluntad hay familias que se ofrecen literalmente, ellas mismas, y así se realiza la "forma domestica" de la Iglesia. Las familias "en salida" invaden las parroquias y las comunidades parroquiales adquiriendo los rasgos de la familia de Dios que es realmente como un arca de Noé sumergida por las aguas del individualismo y del conflicto. En este horizonte también se pueden incluir las diversas modalidades de constituir grupos familiares para una ayuda mutua y también para una

presencia más eficaz en la sociedad civil. En cierto modo, la parroquia con las familias han de ser una presencia que pone de manifiesto la belleza de una nueva manera de vivir, no encerrada en sí misma, sino abierta a todos y especialmente a los pobres. En este horizonte se acoge con generosidad a aquellos que no tienen familia, es decir las personas que están solas y débiles, para que formen parte de la gran familia de Dios. Es en este horizonte que se plantea el problema de los divorciados vueltos a casar o de aquellas familias imperfectas y heridas. Hemos de apresurar nuestro paso para ir hacia ellas, redoblar nuestra escucha, intensificar nuestra compañía.

Hoy, por desgracia, hemos de constatar una amplia brecha entre la familia y la parroquia: las familias son demasiado poco eclesiales ya que se encierran con facilidad sobre ellas mismas, y las parroquias son poco familiares porque están agobiadas por la burocracia, o envejecidas por el funcionalismo, hay poca calidez, poca acogida, poco acompañamiento. En este sentido la pobreza de la preparación de los jóvenes para el matrimonio es emblemática: son momentos breves casi como los cursos de inglés de supervivencia. ¡Y qué grande es el abandono que sufren las parejas de jóvenes por parte de la comunidad parroquial: estas familias jóvenes se encuentran solas para hacer frente a los problemas! ¿Qué decir de la transmisión de la fe a los hijos? ¿Habría que replantear la iniciación cristiana en su totalidad! Estos dos últimos campos son sólo dos ejemplos de una reflexión más amplia que habría que realizar.

En cualquier caso, es urgente derrotar tanto el familismo como el parroquialismo y encontrar una nueva alianza entre la familia y la parroquia. Una breve reflexión nos hace entender dónde está la raíz de estas dos enfermedades. La raíz es el individualismo que ha invadido también el campo de la fe. En resumen, uno piensa que está solo y hay que salvarse solo. Benedicto XVI, en su encíclica *Spe Salvi*, se preguntaba: "¿cómo ha podido ocurrir que en el cristianismo moderno la concepción de la salvación se haya afirmado como un asunto individual, por lo que cada uno cree que ha de esforzarse para salvar su propia alma, cuando toda la tradición bíblica y cristiana nos dice que somos salvados en un pueblo?" El Concilio Vaticano II dice muy claramente: "Dios podría haber salvado a los hombres individualmente, pero ha elegido salvarlos reuniéndolos en un pueblo". Este individualismo religioso se ha convertido en el cómplice del individualismo de la cultura contemporánea que está envenenando a toda la humanidad.

El cristianismo es, por naturaleza, comunitario, por lo tanto siempre "en salida" de sí mismo. En este sentido el familismo y el parroquialismo despojan al Evangelio de su fuerza para cambiar. El cardenal Bergoglio - con una mirada crítica sobre la situación social contemporánea - invitaba a reencontrar esta relación entre la familia y la parroquia: "Contra los 'centros de poder' ideológicos, financieros y políticos, ponemos nuestras esperanzas en estos centros de amor, evangelizadores, ricos de calor humano, basados en la solidaridad y en la participación". De hecho, una sociedad de individuos auto referenciados, aislados unos de otros, está destinada a la esterilidad y al conflicto. Pero también una Iglesia formada por funcionarios de lo sagrado y consumidores pasivos de los sacramentos pierde su contacto con la sociedad humana.

Unir familia y comunidad es urgente. Muchas familias a veces se echan atrás diciendo que no están a la altura: "Padre, somos una pobre familia, e incluso un poco "enclenque", "No somos capaces", "Tenemos ya tantos problemas en casa", "No tenemos fuerzas". ¡Es verdad! ¡Pero ninguno es digno, ninguno está a la altura, ninguno tiene la fuerza suficiente! Sin la gracia de Dios, no podremos hacer nada. Recordemos, sin embargo, que el Señor solamente con cinco panes y dos peces alimentó a cinco mil hombres. Si ponemos en las manos del Señor lo poco que tenemos, Él hace milagros.

La comunidad cristiana debe hacer su parte, es decir, abandonar una actitud demasiado directiva y funcional. Las familias han de tomar la iniciativa y sentirse responsables de contribuir con sus preciosos dones en la comunidad. La fe se juega en el campo abierto de la vida compartida con todos. La familia y la parroquia tienen que realizar el milagro de una vida más familiar para poder así gustar el amor evangélico y servir a toda la sociedad.

La familia, profecía de comunión en un mundo de solos

Familia y comunidad cristiana han de encontrar una alianza no con el fin de encerrarse en un círculo, sino para hacer que fermente de manera "familiar" toda la sociedad. Estamos en vísperas de acontecimientos hermosos y desafiantes: el Encuentro Mundial de las Familias en Filadelfia y el Sínodo de los Obispos, en Roma. Ambos tienen una dimensión mundial, que corresponde a la dimensión planetaria del cristianismo, y también al alcance universal que posee la familia, cada familia y toda la Iglesia. Las familias y las parroquias han de redescubrir el sueño de Dios para el mundo. Sí, las familias y las parroquias no deben vivir para sí mismas, tampoco la Iglesia debe vivir para sí misma, estamos llamados, como familias y comunidades cristianas a vivir para realizar el designio de Dios para el mundo, es decir hacer de todos los pueblos de la tierra una única y variada familia.

En el escenario de un mundo marcado por la tecnocracia económica y la subordinación de la ética a la lógica del interés, es estratégico volver a presentar el Evangelio de la familia como una fuerza del humanismo. La familia debe volver a ocupar el centro de la política, de la economía y de la convivencia civil: la familia es decisiva para la habitabilidad de la tierra, para la transmisión de la vida, para las relaciones en la sociedad. La familia cristiana es una profecía de amor en un mundo de solitarios. Es esto lo que hemos de redescubrir y vivir con el entusiasmo de los que reciben una gran tarea de Dios en la historia humana. Uno no se casa para sí mismo y tampoco se va a la iglesia para sí mismo, sino para ayudar a Dios en su plan de salvación para el mundo. El Concilio Vaticano II afirma claramente la vocación de la Iglesia, de las comunidades cristianas, de las familias: ser signo e instrumento de la unidad de todo el género humano. Se trata precisamente de este amor cuando se habla de la familia y de la Iglesia. Estamos a mil millas de distancia de aquel romanticismo sentimental que está a merced de cualquier viento egocéntrico.

La sabiduría cristiana de la familia es un tesoro preciosísimo que hay que explorar y ofrece una contribución a mi juicio indispensable para un nuevo humanismo. Pensemos en el

libro del Génesis. Por desgracia, el mensaje de la creación - lleno de tesoros - se ha descuidado y olvidado, sin embargo, ofrece amplitudes y profundidades nuevas. Tenemos mucho trabajo por delante. Pero es emocionante. Dios confía el mundo creado y las generaciones al hombre y a la mujer conjuntamente: lo que pasa entre ellos decide todo. Cuando los padres se dejan invadir por el delirio de la omnipotencia y por lo tanto prescindan de Dios lo arruinaron todo. La historia del primer pecado muestra las tragedias que se producen al rechazar la bendición de Dios en la relación generativa entre el hombre y la mujer. Es una lección que hemos de ahondar hoy en día y no hemos de olvidar.

Pero, a pesar de esto, no estamos malditos, o abandonados a nosotros mismos. Siguiendo la narración, Dios no abandona al hombre y a la mujer a su destino, y reafirma la fuerza del vínculo generativo del inicio. Dios dice a la serpiente engañosa: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu simiente y su simiente" (Génesis 3, 15a). Con estas palabras, Dios marca a la mujer con una barrera protectora de enemistad con el mal: es una bendición a la que puede siempre recurrir - si quiere - en cada generación. Esto significa que la Mujer es portadora de una bendición secreta y especial, ¡para defender a su criatura del Maligno! Como la Mujer del Apocalipsis, que se esconde del Dragón. Y Dios la protege (cf. Ap 12, 6). Y la protección de Dios, para el hombre y la mujer, nunca viene a menos. Antes de hacer salir a los pecadores del mundo-jardín, Dios "hizo al hombre y a su mujer túnicas de piel y los vistió con ellas" (cf. Gn 3, 21). Incluso en las dolorosas consecuencias de nuestro pecado, ¡Dios vela para que no nos quedemos desnudos y abandonados a nuestro destino!

La familia es una bendición insustituible para la tierra, que es nuestra casa común, el hogar de todo los pueblos de ayer, de hoy y de mañana. La promesa que Dios hace al hombre y a la mujer, al origen de la humanidad, incluye a todos los seres humanos, hasta el final de la historia. Si tenemos fe - aunque sea poca -, las familias de los pueblos de la tierra verán que las familias cristianas y las comunidades parroquiales ya viven esta vasta solidaridad y se reconocerán en esta bendición. Es el gran sueño de Dios para el mundo: reunir a todos en la única familia humana. Cualquiera persona que se deje conmovir por esta visión, de cualquier pueblo, nación, religión, y se ponga en camino con nosotros será nuestro hermano, hermana y madre.

Queridas familias, queridas parroquias reencontrad la alianza que nos permite vivir el amor evangélico como el milagro que salva todo, que soporta todo, que envuelve todo con su ternura y con su misericordia.